

RECENSIONES

GREGORIO DI NISSA,

Omellie sulle beatitudini

LAWRENCE LOVASIK

El poder oculto de la amabilidad

MELVIN S. ARRINGTON, JR.

The Seven Riddles of Life: Answered by Fulton J. Sheen

FULTON J. SHEEN

Way to inner peace

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Los doce obispos mártires del siglo XX en España

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE

Mártires del siglo XX en España. 11 santos y 1512 beatos

SECRETARÍA GENERAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
ESPAÑOLA – OFICINA PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS

11 santos y 1512 beatos. Álbum

MIGUEL CRUZ

Una Biblia para mis ahijados

GREGORIO DI NISSA,
Omèlie sulle beatitudini

Paoline, Milano 2011, pp. 401,
Traducción italiana, introducción
y notas de la Dra. Chiara
Somenzi.

1) El libro consta de dos partes. En la primera la traductora italiana presenta la figura de s. Gregorio de Nisa: su vida (pp. 9-20); sus obras (pp. 20-27); su método exegético (pp. 27-32); trata luego en particular las Homilias sobre las bienaventuranzas, vistas por s. Gregorio como escalones por los cuales se sube a Dios («ascensión por grados» pp. 33-39), para ser verdaderos discípulos y recibir el bautismo (pp. 39-53) ya que estas homilias estaban destinadas a los catecúmenos. La traductora (Chiara Somenzi) propone algunas fechas probables de la redacción de esta obra (año 375 o 379, pp. 53-57).

Esta parte introductoria se concluye con una presentación de las características de s. Gregorio en la explicación de las bienaventuranzas, señalando algunas expresiones típicas del santo (plenitud, saciedad, la imagen, virtud que hace resplandecer la imagen, el vicio que deforma la imagen de Dios en el hombre) y el modo propio de explicarlas: búsqueda del tesoro

(riqueza-pobreza, pp. 58-65); la mansedumbre (pp. 65-73); las personas sensibles ante el dolor del prójimo (pp. 73-78); el apetito, la saciedad, la plenitud (pp. 78-85); la misericordia (pp. 85-93); la pureza del corazón necesaria para ver a Dios (pp. 93-104); verdadera noción de paz (pp. 104-108); la causa final de las bienaventuranzas (pp. 108-116). Finalmente la traductora ofrece la bibliografía usada y las distintas ediciones y traducciones existentes de las obras de s. Gregorio (pp. 119-125).

La segunda parte consta del texto griego de las Homilias comentando las bienaventuranzas según el Evangelio de san Mateo (5, 3-12), con la traducción italiana en páginas enfrentadas (pp. 127-375). En cada página se encuentran numerosas notas aclaratorias de diverso tipo: algunas son citas bíblicas explícitas o implícitas usadas por s. Gregorio, otras aclaran expresiones del autor con breves textos extraídos de otras obras suyas, permitiendo de ese modo aclarar mejor el sentido que el santo les da; otras hacen referencia a palabras o expresiones, usadas o presupuestas en la explicación de s. Gregorio (normalmente sacadas de Platón, Aristóteles, Sófocles) y la comparación con otros autores,

principalmente Gregorio Nacianzeno, Orígenes, Basilio, Clemente alejandrino, etc.

El libro incluye un índice escriturístico (pp. 379-384), de nombres (pp. 385-390) y un breve pero interesante índice analítico de expresiones usadas por s. Gregorio indicando las notas explicativas a pie de página (pp. 391-396) y finalmente un detallado índice general (pp. 397-401).

2) Chiara Somenzi, quien ha preparado esta publicación (traducción, introducción y notas) es doctora en ciencias religiosas y titular de la cátedra de italiano y latín en el Liceo científico «G. Ase-lli» de Cremona (Italia). Desde el 2008 trabaja en el Departamento de ciencias religiosas de la Universidad Católica «Sacro Cuore» de Milán, y se ocupa de la literatura cristiana antigua latina y griega, particularmente del siglo IV (san Ambrosio y los Padres Capadocios). En 2005 publicó con L. F. Pizzolato: *I sette fratelli Maccabei nella chiesa anticha d'Occidente*.

3) Destacamos algunos puntos salientes de la obra. Los textos o palabras entre corchetes cuadros («[]») no aparecen en el texto de s. Gregorio. Las Homilias (Om I-VIII) están divididas en números para facilitar la lectura (2, 3, etc.),

y las páginas corresponden a la presente edición (p. 139).

a) *Gregorio y sus Homilias sobre las bienaventuranzas*. Gregorio de Nisa perteneció a una familia de santos: era hermano menor de san Basilio Magno y de santa Macrina. Conocía la retórica y las ciencias naturales, astronomía y medicina. En el 371 es nombrado obispo de Nisa (en Capadocia, ahora Turquía). Entre sus obras exegéticas figuran estas Homilias sobre las bienaventuranzas dirigidas principalmente a quienes se preparaban al bautismo. En su exégesis del texto de *Mateo* (5, 3-10) subraya su contenido teológico y espiritual. Hay un aspecto importante: el orden de las bienaventuranzas, es el orden de las virtudes en nuestro caminar hacia Dios. Las bienaventuranzas son como los escalones. Ya al inicio Gregorio indica el corazón de la cuestión: el fin de la vida según la virtud es la semejanza con Dios. Pero ¿cómo puede el hombre imitar lo que es impasible y sin corrupción? La primera etapa de la vida virtuosa es la imitación de la pobreza voluntaria (humildad) de Cristo (primera bienaventuranza), así la imitación de Dios se convierte en imitación de Cristo. La mansedumbre evangélica consiste en la armonía-equilibrio de las pasiones (segunda bienaventuranza). El llanto beato es

la nostalgia del estado original (tercera bienaventuranza). Dios es misericordioso, el hombre asemeja a Dios cuando tiene misericordia de las miserias de su prójimo y de sus propias miserias (cuarta bienaventuranza). La sed de justicia es la búsqueda de la voluntad de Dios que quiere nuestra salvación (quinta bienaventuranza). La religión natural es inadecuada, insuficiente, el hombre es impotente para conocer la divinidad, pero puede descubrir la imagen de Dios que lleva en sí, para eso necesita la purificación (sexta bienaventuranza). Al hombre que no puede trascender los límites naturales se le hace una promesa inaudita: el ser llamado hijo de Dios (séptima bienaventuranza). La persecución es comparada a una competencia del ámbito deportivo, como la carrera de la fe (octava bienaventuranza).

b) *El hombre como imagen de Dios y la purificación.* El tema de la imagen (*eikōn*) es central en Gregorio. El hombre ha sido creado a imagen de Dios, por medio de las bienaventuranzas se realiza una asimilación a Dios por la cual se retorna a la imagen originaria. Así cuando el corazón se ha purificado, el hombre puede ver a Dios en sí mismo (es el sentido de «conócete a ti mismo») pues así como a través de un espejo limpio se vuelve a ver la

imagen de Dios impresa en nosotros en el acto de la creación y que se hizo irreconocible por el pecado. Veamos algunos textos de s. Gregorio: «porque aquel que ha plasmado al hombre *lo hizo a imagen de Dios* [cfr. *Gen 1, 26-27*], en segundo lugar debería ser dicho bienaventurado quien ha llegado a ser... una participación de la real bienaventuranza. En efecto, en el caso de la forma armoniosa del cuerpo, la belleza originaria está en la figura viviente de carne y hueso, y después viene como segunda aquella que la reproduce en la imagen. Del mismo modo también la naturaleza humana, siendo imagen de la bienaventuranza trascendente, tiene también ella los trazos de la belleza perfecta, en la medida en que muestre en ella las características propias de la bienaventuranza. Pero desde el momento en que la mancha del pecado ensució la belleza presente en la imagen, viene aquel que nos lava con su propia agua, en aquella que es *viva* y que *salta hasta la vida eterna* [*Jn 4, 10. 14*], de tal modo que nosotros, quitada la suciedad que deriva del pecado, de nuevo fuésemos restablecidos en la forma de la bienaventuranza» (*Om I, 3*; p. 139 ss.).

Continuando con la comparación, así como un artista arregla

los detalles de una pintura (cabellos, ojos, rostro) «y todos cuantos los elementos singulares que en su conjunto dan como resultado la forma bella. Así igualmente aquel que de nuevo traza la imagen de nuestra alma a imitación de *aquel que sólo es beato* [1Tim 6, 15] delineará uno a uno en su discurso [de la montaña] los elementos que miran al conjunto de la bienaventuranza y por eso dice al inicio: *bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos*» (Om I, 3; p. 141). Así la asimilación o semejanza con Dios se realiza a través del retorno a la imagen originaria sobre la cual se fundamenta la participación del hombre a la naturaleza divina.

La naturaleza creada por Dios es buena: «aquel que *hizo al hombre a su imagen* [cfr. Gen 1, 26-27] puso en la naturaleza de su creatura el origen de todas las cosas buenas de modo que ningún bien debiese ser introducido desde el exterior, sino que fuese dentro de nuestra naturaleza como una despensa interna [*tameion* = despensa, tesoro, la habitación interior: Mt 6, 6]» (Om V, 5; p. 267 ss.).

Es claro en san Gregorio que bienaventurado es sólo Dios: «Lo que se dice bienaventurado en el verdadero sentido del término es el ser mismo de Dios. En efecto

cualquiera sea la realidad que supongamos que él sea, la bienaventuranza es la vida pura [*akēratos*, sin mezcla, haciendo referencia a la simplicidad divina], el bien inefable e incomprensible, la belleza indescriptible, la gracia perfecta, la sabiduría, y el poder [cfr. 1Cor 1, 24], la luz verdadera [cfr. Jn 1, 9; 1Jn 2, 8], la fuente [cfr. Jn 4, 14] de toda bondad, la autoridad que trasciende el universo, la sola realidad amable, el ser inmutable, el exultar sin fin, la eterna alegría respecto a la cual alguien, aun cuando diga todo lo que está en su posibilidad, no dice nada que le sea digno. En efecto el intelecto no alcanza el ser, y si apenas alcanzamos a concebir sobre él algo de los pensamientos más sublimes, lo que se ha concebido no puede ser expresado por ninguna palabra» (Om I, 3; p. 137 ss.). El hombre llegará a ser bienaventurado «por participación»: por «participación de la real bienaventuranza» (Om I, 3; p. 139); «a los hombres corresponde la participación de la bienaventuranza a través de la asimilación a Dios» (Om I, 5, p. 145); «la bienaventuranza pertenece a Dios según verdad... por eso participar de las bienaventuranzas no es otra cosa sino tener parte a la divinidad, hacia la cual nos hace subir el Señor a través de sus palabras» (Om V, 1, p. 256 s.).

RECENSIONES

San Gregorio describe cómo los pecados y las pasiones desordenadas van deturpando la imagen de Dios en el hombre: «Lo que fue una vez elevado ha sido abajado, lo que ha sido hecho según la imagen de aquel que es celestial [1Cor 15, 49] ha sido reducido a tierra, lo que una vez fue puesto para reinar ahora ha sido hecho esclavo, lo que fue creado para la inmortalidad ha sido destruido por la muerte, lo que vivía en la delicia del paraíso ha sido exiliado en esta tierra de enfermedad y fatiga, lo que era la impassibilidad congénita ahora en su lugar se ha puesto esta vida pasible y mortal, lo que era independiente y capaz de autodeterminación ahora está dominado por tales males y tan grandes que no es fácil ni siquiera tener el control de nuestros tiranos. En efecto cada una de las pasiones que están en nosotros, toda vez que nos vence, se convierte en patrona de lo ha sido hecho esclavo y, al modo de un tirano, se adueña de la acrópolis del alma, hace el mal a lo que le está sometido, sirviéndose de nuestros razonamientos como sicarios para su propósito: así la ira, así el miedo, la vileza, la insolencia, la falta de piedad, la dureza, la envidia, la adulación, el rencor y la insensibilidad, y todas las pasiones que se conciben en nosotros en el extremo opuesto

[es decir la virtud] constituyen una escuadra de tiranos y de padrones que, imponiendo la propia fuerza, sujetan al alma como un prisionero de guerra» (*Om* III, 5, 4; p. 211 ss.). La imagen del alma como una fortaleza viene de Platón, como también la de las pasiones como tiranos. En el Nuevo Testamento la expresión usada es *esclavos del pecado* (*Jn* 8, 34; *Rom* 6, 17. 20; 16, 18).

El mal moral, el pecado, no subsiste por sí sino que es fruto de una elección: «la inclinación al mal sucede sin una intervención desde el exterior de alguna fuerza que obligue, sino que el mal tiene consistencia en el momento en el cual es elegido, por eso [el mal] se genera cuando nosotros lo elegimos, fuera de la elección no se da que el mal exista de por sí, con una subsistencia propia. De allí se demuestra con claridad el poder de autonomía y de autodeterminación que el Señor de la naturaleza ha construido en la naturaleza de los hombres, del hecho que todo depende de nuestra elección, sea el bien, sea el mal, y que el juicio divino, el cual con veredicto imparcial y justo sigue lo que es fruto de nuestra decisión, asigna a cada uno lo que cada uno ha preparado en sí mismo, *a los que*, como dice el Apóstol, *por la perseverancia en el bien busquen gloria, honor: la vida*

eterna; mas a los rebeldes indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: cólera e indignación» (Om V, 5; p. 269). San Gregorio vuelve aquí a usar la imagen del espejo: «como los espejos fieles muestran los reflejos de los rostros tales como son, alegres para las personas alegres, tristes para las personas descontentas, y nadie acusaría a la naturaleza del espejo si apareciese sombría la imagen refleja de quien se espeja con el rostro marchito por la tristeza, así también el justo juicio de Dios asume la forma idéntica a nuestros hábitos, dándonos en cambio de su parte exactamente lo que viene de nuestra parte» (*Om V, 5; p. 271*)

Para san Gregorio la purificación no es como en Plotino fuga que el alma hace del cuerpo que le impide conocer el bien, sino es sobre todo exclusión del mal, exclusión de la mala intención, y exclusión de la mala elección que preceden la acción. No se trata de conocer el bien, sino que se requiere una búsqueda fundamental del bien, por eso se subraya el rol de la libre elección como elemento que hace al hombre capaz de alcanzar esta purificación. Así el resultado de la purificación no es la huida de sí y la nulificación del hombre en lo divino como se presenta en el éxtasis plotiniano, sino una vida mo-

delada según la imagen divina presente en el hombre: «aquel que ha purificado el propio corazón de toda disposición que inclina a las pasiones, ve en la propia belleza la imagen de la naturaleza divina... En efecto Dios ha impreso en su constitución las imágenes que imitan los bienes de su propia naturaleza, como si hubiese impreso en su cera la forma de una incisión. Pero el vicio, derramado sobre la impronta que reproduce la forma divina, te ha inutilizado el bien, escondido bajo los torpes resentimientos. Por tanto, si has lavado de nuevo, la suciedad que había sido plasmada sobre tu corazón, asumiendo con cuidado tu conducta de vida, volverá a resplandecer en ti la belleza de la semejanza con Dios. Como sucede con el fuego, cuando por medio de una piedra para afilar se limpia de la herrumbre, lo que hace poco era oscuridad reluce por sí, brillando al sol, y envía rayos, de modo que el hombre interior [cfr. *Rom 7, 22; 2Cor 4, 16; Ef 3, 16*], al cual el Señor llama *corazón* [cfr. *Mt 5, 8*] cuando haya limpiado totalmente la suciedad del color de la herrumbre... resplandecerá la semejanza con el modelo originario y será bueno... Por eso cuando tu pensamiento no se ha mezclado con ningún mal, está libre de las

RECENSIONES

pasiones y separado de toda fealdad, tú eres beato por tu vista aguda, pues, habiéndote hecho puro, has comprendido lo que no es visible a quienes no se han hecho puros, y, quitada la tiniebla material de los ojos del alma, en la pura luminosidad del corazón ves con claridad la visión feliz. Y esta ¿qué es? La pureza, la santificación, la simplicidad, todas las realidades de este tipo son reflejos luminosos de la naturaleza divina, a través de las cuales se ve a Dios» (Om VI, 4; pp. 303-307).

En la conclusión de la Homilía VI, s. Gregorio sintetiza su pensamiento: «en efecto si los puros de corazón son *bienaventurados*, son dignos de compasión quienes tienen la mente sucia, porque miran el rostro del Adversario [cfr. 2Ts 2, 4, el diablo]. Y si es la impronta misma de Dios la que se imprime en la vida que es según virtud, es claro que la vida viciosa se convierte en forma y rostro del Adversario. Pero si, en base a la variedad de los aspectos que le atribuimos, Dios es llamado con cada uno de los conceptos de bien, luz, vida e inmortalidad, y de todo cuanto entra en este tipo de cosas [los nombres divinos], totalmente opuesto el inventor del vicio, será llamado en modo contrario a cada uno de estas: tinieblas, muerte y corrupción y cuanto pertenece a

esta misma especie y orden de ideas. Por tanto, como el vicio y la vida según la virtud toman forma, pues, en base a nuestra libertad de elección, se pone delante nuestro la facultad de ir hacia la una o hacia la otra, huyamos de la forma del diablo, alejemos de nosotros la máscara del mal, asumamos la imagen divina, seamos puros de corazón para poder ser felices, formando en nosotros la imagen divina a través de una conducta pura, en Cristo Jesús nuestro Señor, *a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén [Ap 1, 6]*» (Om VI, 6; p. 317 ss.)

Es curioso que U. von Balthasar, quien afirma seguir a S. Gregorio di Nisa («es por la libertad que el hombre es igual a Dios» PG 46, 523 a), sitúe en la libertad el trazo fundamental de la iconicidad que une el hombre a Dios, ya que la libertad humana que es finita se hace inteligible solo a la luz de la libertad infinita de Dios, cfr. *Teodrammatica*, tr. it., Milan 1982, 192-193. 373: «la decisiva semejanza con Dios de la creatura consiste en su *autoxousin* (auto-determinación), en el reverbero creado de la libertad increada». Sin embargo, como hemos visto en los textos, para san Gregorio de Nisa la imagen está en el alma, que se ensucia cuando el hombre elige el mal, el vicio, y resplandece con la

virtud. U. von Balthasar no solo se separa en esto de san Gregorio de Nisa a quien declara seguir, sino también se aleja de los textos del Vaticano II, el cual parece indicar como fundamento último de la imagen las potencias de inteligencia y voluntad, las dos facultades que confluyen en el acto libre, mientras que: «la verdadera libertad, es signo eminente de la imagen divina» (*Gaudium et spes*, 17: «*vera autem libertas eximum est divinae imaginis in homine signum*»). Así la libertad es «signo» de la imagen, pero no la imagen. En un texto precedente el Concilio afirmaba que el hombre es imagen «con capacidad de conocer y amar a su Creador» (*Gaudium et spes*, 12: «*ad imaginem Dei creatum esse, capacem suum Creatorem conoscendi et amandi*»), la «imagen» se encuentra en su alma espiritual que posee la capacidad de conocer y amar a Dios. También los textos de santo Tomás parecen estar en perfecta armonía con los de san Gregorio de Nisa y el Vaticano II, cfr. *STh* 1, 93: «el hombre según su naturaleza intelectual se dice hecho a imagen de Dios, el grado máximo de esta imagen lo alcanzará cuando pueda, según su naturaleza intelectual, imitar al máximo a Dios. Ahora bien la naturaleza intelectual imita al máximo a Dios

en cuanto a esto: que Dios se entiende y se ama a sí mismo. De allí que la imagen de Dios en el hombre se pueda considerar de triple modo: 1º) Un modo, según que el hombre tiene la aptitud natural para conocer y amar a Dios, y esta aptitud consiste en la naturaleza misma de la mente, que es común a todos los hombres. 2º) Otro modo, según que el hombre conozca y ame a Dios en acto o en hábito, aunque de modo imperfecto, y esta es la imagen por la conformidad de la gracia. 3º) El tercer modo, según el cual el hombre conoce y ama a Dios perfectamente en acto, y así se da la imagen según la semejanza de la gloria. Por eso la Glosa comentando el Salmo: *Oh Señor, ha sido impresa en nosotros la luz de tu rostro* (4, 7), distingue tres imágenes: la de la creación, la de la nueva creación [redención] y la de semejanza. La primera se encuentra en todos los hombres; la segunda sólo en los justos; la tercera sólo en los bienaventurados» [cfr. *1Jn* 3, 2: *seremos semejantes a Él porque lo veremos así como Él es*] (*STh* 1, 93, 4).

c) *Bienaventuranzas como «propio» del discípulo de Cristo.* Las bienaventuranzas se presentan como imitación de Cristo. Veamos algunos textos: «Propio porque la pasión de la soberbia está radicada en

RECENSIONES

cualquiera que participa de la naturaleza humana, el Señor inicia las *bienaventuranzas*, como expulsando de nuestro carácter aquello con lo cual tuvieron inicio los males: la soberbia. De este modo, en la medida en que, haciendo elección de la pobreza, nos hacemos semejantes a Él, lo más que podemos, obteniendo también la participación a la bienaventuranza. – *Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; sino que se humilló a sí mismo asumiendo la forma de siervo* [Flp 2,5-7]. ¿Qué hay más pobre para Dios que la *forma de siervo*? ¿Qué hay de más humilde para el rey de cuanto existe que compartir voluntariamente nuestra pobre naturaleza [cfr. 2Cor 8, 9]? *El Rey de reyes y Señor de señores* [1Tim 6, 15] voluntariamente se reviste de la forma de esclavitud; el juez del universo se sujeta al tributo debido a quienes ejercitan el poder [cfr. Mt 22, 15-22]; el Dueño de la entera creación se aloja en una gruta; Aquel que abraza el universo no encuentra lugar en el albergue, sino que es puesto en un pesebre de animales irracionales [cfr. Lc 2, 7]; Aquel que es puro y sin mancha acoge la suciedad de la naturaleza humana y, pasando a través de todas nues-

tras pobreza, llega incluso a experimentar la muerte [cfr. Flp 2, 8]. – Mirad la medida de su pobreza voluntaria: la vida gusta la muerte; el juez es conducido al juicio; el Señor de la vida del universo queda sometido a la decisión del juez; el rey de todo el ejército celestial no aleja las manos de sus verdugos. Este modelo – así lo afirma Él – debe indicarte la medida de la humildad [cfr. Gv 13, 15] » (Om I, 5, p. 147 s.).

Al explicar la bienaventuranza de quienes tienen sed de la justicia, dice: «Si Jesús ha tenido hambre, el hambre sería [fuente de] felicidad, en cuanto ella obra en nosotros a imitación de Cristo. Por tanto si logramos conocer aquello de lo cual el Señor ha tenido hambre, ciertamente conoceremos el significado de la bienaventuranza que ahora estamos considerando. – ¿Cuál ha sido el alimento que Jesús no se avergonzaba de desear? Dice a los discípulos después del diálogo con la samaritana: *mi comida es hacer la voluntad* de mi Padre (Jn 4, 34). La voluntad del Padre es clara pues: *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1Tim 2, 4). Por eso si Él desea nuestra salvación, y su alimento es nuestra vida, ya hemos logrado aquello que debemos hacer para tener una disposición

como la suya. ¿Qué es lo que tenemos que desear? Debemos tener hambre de nuestra salvación, debemos tener sed de la voluntad de Dios que consiste en nuestra salvación» (*Om IV*, 4, p. 237).

Terminamos esta recensión con dos textos, uno de Benedicto XVI, el otro las últimas palabras con las cuales san Gregorio concluye sus homilías, y que constituyen una invitación a su lectura.

«Ante todo Gregorio de Nisa manifiesta una concepción muy elevada de la dignidad del hombre. El fin del hombre, como dice el santo Obispo, es el de hacernos semejantes a Dios, y este fin lo alcanzamos ante todo a través del amor, el conocimiento y la práctica de las virtudes que son “rayos luminosos que descienden de la naturaleza divina” (*Beatitudines* 6), en un movimiento perpetuo de adhesión al bien, así como quien corre hacia adelante» (*Audiencia general*, 5 set. 2007).

«¿Qué cosa se obtiene? ¿Cuál es el premio? ¿Cuál es la corona [cfr. *2Tim* 4, 8; 2, 5]? Me parece que cada una de las cosas esperadas no es otra cosa que el Señor mismo. Él mismo es el director de la carrera de los atletas y la corona de los vencedores [entre las funciones del director estaba la de dar el premio a los vencedores]; Él es

quien distribuye su herencia [cfr. *Col* 1, 20; *Rom* 8, 17], Él es la herencia; Él es la parte mejor [cfr. *Lc* 10, 42]; Él es quien te hace don de su parte: Él es quien te enriquece, Él es la riqueza [cfr. *Rom* 9, 23; 11, 33; *Ef* 1, 18]; Él es quien te indica dónde está el tesoro, y Él mismo se convierte en tesoro [cfr. *Mt* 13, 44]; Él es quien te impulsa a desear la perla preciosa y que se pone en venta por ti que haces el negocio [cfr. *Mt* 13, 45-46]. – Por tanto, para adquirir aquellas cosas debemos separarnos de estas, como cuando cambiamos en el mercado lo que tenemos por aquello que no tenemos. Por tanto no nos aflija el ser perseguidos, más bien alegrémonos, pues a través de ser despojados de lo que es precioso en la tierra, somos llevados al bien celestial, según lo que ha prometido *bienaventurados los perseguidos por su causa, porque de ellos es el reino de los cielos* [*Mt* 5, 10], por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, pues a Él le corresponde *la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amen* [*Ap* 1, 6] » (*Om VIII*, 6, p. 375).

P. Dr. Marcelo Lattanzio

RECENSIONES

LAWRENCE LOVASIK

El poder oculto de la amabilidad
Patmos. Libros de Espiritualidad.
Ediciones Rialp, Madrid 2014,
288 pp.

El Autor, Lawrence Lovasik (1913-1986), fue un sacerdote religioso americano, hijo de padres eslovacos. Después de su ordenación sacerdotal en 1938 desarrolló su labor misionera en zonas industriales del carbón y del acero en EE.UU. En 1955 fundó la congregación de las hermanas del Divino Espíritu con el fin de contribuir a la educación escolar y catequética y a la asistencia social. Además de dedicar mucho tiempo a la predicación de retiros, publicó libros y artículos.

La obra en cuestión es una traducción al español del original inglés publicado en 1962 con el título «The Hidden Power of Kindness», y republicado con correcciones en 1999 por Sophia Institute Press.

El objetivo del libro es explicar la virtud de la amabilidad y dar consejos prácticos de cómo ponerla en práctica. El mismo A. dice en el prólogo: «vale la pena que te detengas un momento y te tomes la molestia de entender el verdadero significado de esta virtud, porque

es más fácil practicar lo que se conoce bien» (p. 9). Y agrega: «no hay amabilidad más auténtica que la inspirada por la gracia de Dios en el perfecto cumplimiento de su principal mandato “la ley regia de la caridad”. Estos capítulos acerca de la amabilidad constituyen un sencillo intento de explicar esta ley» (p. 9).

Al prólogo siguen tres partes:

- Primera parte: «Adquiere una actitud amable» (pp. 11-158). Aquí el A. trata los fundamentos de la amabilidad: es un don de Dios, Cristo es el modelo a imitar, es contagiosa, ayuda a las necesidades de nuestro prójimo, implica renuncia al propio yo, da felicidad y paz. También da algunos consejos que ayudan a adquirir dicha virtud, entre ellos: evitar toda avaricia, controlar la ira desordenada, aprender a llevar con paciencia las ofensas de los demás y fundamentar los propios pensamientos en la verdad.

- Segunda parte: «Aprende a hablar con amabilidad» (pp. 159-232). Se mencionan aspectos referidos a la caridad en las palabras, como ser: decir la verdad, evitar la mentira, aprender a hablar con amabilidad, corregir amablemente a los demás y descubrir las bondades de las palabras amables.

- Tercera parte: «Demuestra tu amor obrando amablemente» (pp. 233-274), lo cual se logra evitando dar malos ejemplos, cultivando un amor que se desborde en obras amables y practicando las obras de misericordia.

De gran valor es el Apéndice: ¿cómo es tu amabilidad? (pp. 275-280), pues ayuda a hacer un examen de conciencia sobre nuestros pensamientos, palabras y obras amables.

El libro concluye con una oración para pedir la amabilidad.

Ciertamente la lectura de este libro puede ser de gran ayuda para conocer más sobre la virtud de la amabilidad, y para que nos proponamos vivirla diariamente en nuestros pensamientos, palabras y obras. El mismo A. dice: «Lo que hace al mundo ingrato es la falta de amabilidad de las personas que lo habitan. El mundo necesita amabilidad. Siendo amables seremos capaces de convertirlo en un lugar más feliz en el que vivir; o podremos, al menos, aliviar mucha de la infelicidad que existe en él y construir otro mundo muy diferente» (p. 9).

P. Lic. Higinio Rosolén, IV E

MELVIN S. ARRINGTON, JR.
The Seven Riddles of Life: Answered by Fulton J. Sheen
Liguori Publications, Missouri
2012, 46 pp.

El Autor, Melvin S. Arrington, Jr., hizo esta obra a partir de la grabación «The Seven Riddles of Life» registrada en 1948. Se trata de una predicación de Mons. Fulton Sheen -no publicada anteriormente- sobre las Siete Últimas Palabras de Jesús en la Cruz.

En la Introducción (pp. 7-11) el A. cuenta como en su juventud escuchaba las prédicas de Mons. Sheen en el programa «Life is Worth Living» (La vida merece ser vivida), prédicas que, gracias a la tecnología moderna, «redescubrió» luego de décadas. Además comenzó a leer sus escritos por los cuales tuvo un mayor conocimiento del amor de Dios revelado a través de su Hijo Jesucristo. También quedó impresionado por la profundidad y amplitud del prolífico obispo, que abarcó diversos temas de espiritualidad, filosofía y teología.

Una gran parte de los obras de Fulton Sheen fue originalmente presentada de modo oral. Luego dichas grabaciones fueron transcritas y publicadas como libros. Cuando el A. se encontró con esta

RECENSIONES

grabación perdida por mucho tiempo que nunca había sido publicada en papel, decidió transcribirla junto con el prólogo para preservar y difundir en forma escrita estas reflexiones sobre algunas cuestiones que aun hoy son relevantes, a pesar de ser grabadas hace más de 50 años, pues sus sermones anuales sobre las Siete Palabras han inspirado a millones de oyentes y lectores desde 1930 al presente.

El A. se tomó la libertad de incluir algunas notas para clarificar referencias o identificar pasajes de la escritura. También modificó ligeramente los títulos para enfatizar el hecho que Fulton Sheen ofrece soluciones viables fundadas en la fe y la razón a difíciles problemáticas de la vida.

Los temas tratados en los 7 capítulos son el odio, dolor, desamor, sufrimiento de los inocentes, soledad, derrota, valores. Muy significativo es el comentario a las palabras de Jesús: «Padre, en tus manos, encomiendo mis espíritu» en el que trata los tres supremos valores de la vida: Dios, el alma y su destino.

Las palabras de Mons. Sheen en este libro sirven como guía para la oración y meditación, al mismo tiempo que dan consuelo y esperanza.

P. Lic. Higinio Rosolén, IVE

FULTON J. SHEEN

Way to inner peace

St Pauls/Alba House, New York
2013, 207 pp.

El Autor, el Siervo de Dios Mons. Fulton J. Sheen, nació en 1895 en El Paso, Illinois (EE.UU). Se ordenó sacerdote en 1919 y fue consagrado obispo en 1951. En 1930 inició su programa de radio «The Catholic Hour» (La hora católica), que continuó por 22 años. Pionero en el uso de la T.V. inició la serie de televisión «Life is Worth Living» (La vida merece ser vivida), que llegó a una audiencia semanal de 30 millones de personas. Fue profesor, predicó e inspiró a muchos con sus palabras y escritos. Como Obispo participó en todas las sesiones del Concilio Vaticano II. Falleció en 1979. El 14 de septiembre de 2002 la Congregación para Causa de los Santos lo reconoció como Siervo de Dios y el 28 de Junio de 2012 fue reconocida la heroicidad de sus virtudes.

La obra en cuestión fue publicada por primera vez en 1955. Debemos agradecer a St Pauls/Alba House el poner a nuestro alcance nuevamente este libro que, a pesar

de haber sido escrito hace casi 60 años, no ha perdido su actualidad y vigencia. Hay una traducción al español con el título «Paz interior» editada por editorial Planeta.

Este libro contiene 59 ensayos agrupados en 9 capítulos que llevan títulos como: la paz interior, la bondad, la felicidad, la fe, la sabiduría, las virtudes, etc. Estos ensayos abarcan temas variados como el egoísmo, la hospitalidad, los deseos, la verdad, la fidelidad en las cosas pequeñas, la alegría y la tristeza, el misterio del sufrimiento, la melancolía, la humildad, la paciencia, el placer, la pasión, la memoria, nuestros estados de ánimo, etc.

Son ensayos breves, de 3 o 4 páginas. Se leen rápido y presentan alguna temática que nos permite reflexionar y plantearnos acerca de cómo nos consideramos a nosotros mismos, cómo interactuamos con nuestro prójimo, cómo crecer humana y sobrenaturalmente, cómo tener paz en nuestra alma.

Ilustramos con tres ejemplos:

1º El primer ensayo lleva el título: «El Egoísmo – el Enemigo de la Paz interior» (pp. 3-6). Dice Fulton Sheen: «Una primera sugerencia psicológica para adquirir paz en el alma: nunca presumas, nunca hables de ti mismo, nunca

corras a los primeros puestos en las mesas o en los teatros, nunca uses a las personas para tu propio provecho, nunca mandes a los otros como si fueras mejor que ellos. Estos son populares modos de expresar la virtud de la humildad, que no consiste tanto en humillarnos delante de los otros como en reconocer nuestra pequeñez en comparación de lo que deberíamos ser. [...] La tendencia moderna es hacia la afirmación del ego. [...] La humildad no es muy popular hoy, principalmente porque los hombres hemos olvidado la grandeza de Dios».

2º El ensayo «Una correcta actitud hacia los que no piensan como nosotros» (pp. 151-154). El A. comienza planteando una realidad: hay gente que cree firmemente una verdad religiosa, y que considera a los que se niegan a aceptarla como ignorantes o intolerantes. Al mismo tiempo, muchos de los que rechazan una verdad o bondad, excepto la que deciden para ellos mismos, toman una posición que llega al cinismo o a ridiculizar a los que son creyentes.

Más allá de qué grupo tiene razón, lo que debemos plantearnos es qué actitud tomar hacia nuestras propias convicciones y hacia las de los demás.

RECENSIONES

La respuesta a lo primero es lo que dijo San Agustín hace más de 1500 años: «Sic ergo quaeramus tamquam inventuri; et sic inveniamus, tamquam quaesituri» (Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar). Es decir, aquellos que tienen una filosofía de vida, no permanezcan en una ociosa adherencia a ella sino que traten de estudiar según las capacidades de cada uno, o incluso descubrir si lo que ellos creen profundas verdades no son más que una adhesión emocional o prejuicios heredados sin fundamento en la historia y en la razón.

A la cuestión sobre qué actitud tomar hacia los que piensan diferente de nosotros, nuestra respuesta debe ser: caridad, amor, benevolencia y reconocer la sinceridad de motivos y la honestidad de los propósitos de los demás.

3º El último ensayo, intitulado «La Credulidad de la incredulidad» (204-207). Transcribimos el último párrafo del libro: «muchos viven bajo la ilusión de que su rechazo de la fe religiosa prueba que ellos son inmunes a la credulidad. La verdad es que ellos también aceptan una autoridad, que es la vaga, vaporosa y anónima autoridad de «ellos mismos». ¿Quiénes

son «ellos»? Las personas que tienen fe al menos conocen a Aquel por el cual aceptan ser guiados. Pocas cosas son más extrañas que el entusiasmo con el que muchos aceptan las máximas de meros seres humanos, y confían plenamente en ellos. Grande, en cambio, es el vacío en el corazón por el exilio de Cristo».

En cada página podemos encontrar frases o palabras que pueden guiarnos a encontrar paz en nuestra alma.

En definitiva, se trata de un muy buen libro, que combina buena psicología y buena teología, y que nos enseña cómo vivir una vida plena de paz interior y ayudar a crear un mundo lleno de paz.

P. Lic. Higinio Rosolén, IVE

MARÍA ENCARNACIÓN
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

***Los doce obispos mártires del siglo
XX en España***

Editorial EDICE, Madrid 2012,
191 pp.

La autora del presente volumen es doctora en Historia Moderna y Contemporánea y licenciada en Derecho Canónico. Catedrática en Geografía e Historia (sobre todo del siglo XX). Ha colaborado

en causas de beatificación y canonización. Desde 2001 es directora de la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española. Autora de numerosas publicaciones, entre ellas: *Hablar hoy de martirio y Santidad*, EDICE, Madrid 2007; *Los primeros 479 santos y beatos mártires del siglo XX en España. Quiénes son y de dónde vienen*, EDICE, Madrid 2008; etc.

El libro en cuestión, embellecido por las pinturas-retratos de los doce obispos mártires (autoría de Nati Cañada), edición de tapa dura, a color, describe sucintamente la persona y martirio de cada uno de los doce obispos españoles de la persecución religiosa de los años '30. El fin principal que se propone la autora es el de despertar el interés de los fieles católicos por sus mártires.

Cabe destacar que el libro ha sido prologado por Mons. Juan Antonio Martínez Camino, quien además de ser obispo auxiliar de Madrid y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, es gran estudioso y erudito en lo referente a los mártires españoles.

En cada uno de los relatos la autora hace destacar, por un lado, la vida ejemplar de cada obispo, lo que los llevó, llegado el caso, a

abrazar con total libertad y generosidad el martirio, poniendo, como el Buen Pastor, sus vidas por el rebaño a ellos encomendado; y, por otro, la crueldad e intenciones claramente anticristianas de sus perseguidores, cuyas presas privilegiadas y blanco principal fueron las cabezas de cada Iglesia particular. Con respecto a lo primero, sirva como ejemplo el hecho de que a casi todos se les ofreció la posibilidad de huir, sin embargo, ninguno aceptó tal propuesta: «precisamente ahora, cuando los lobos rugen alrededor del rebaño, el pastor no debe huir; mi obligación es quedarme aquí» (p. 121), dirá el Bto. Narciso de Esténaga y Echevarría, obispo prior de Ciudad Real. Referido a lo segundo, debemos decir, en efecto, que a estos últimos, más que las personas (con nombre y apellidos) en sí, lo que detestaban eran las insignias episcopales, realidad que se deja ver con demasiada claridad en el caso del martirio de Mons. «Manuel Serra Sucasratts, que había entrado en la diócesis de Segorbe el día 28 de junio de 1936, exactamente 23 días antes de ser detenido y pronto llevado al martirio... Estaba claro que lo que ellos ametrallaron en Vall d'Uxó la madrugada del 9 de agosto no era una persona física,

sino una mitra y un anillo pastoral» (p. 83).

Para fundamentar los hechos, la A. utiliza abundante y variada bibliografía, citada al final de cada capítulo.

Con un estilo bastante atrayente y de fácil lectura logra cautivar la atención de los lectores encendiendo en estos los mismos sentimientos de misericordia y perdón que se suscitaron en las almas de aquellos prelados mártires.

P. Javier Ansaldi, IVE

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE
Mártires del siglo XX en España.
11 santos y 1512 beatos
 2 vol., BAC, Madrid 2013, 2816
 pp.

Decía Vladimir Soloviev que «la idea de una nación no es lo que ella piensa de sí en el tiempo, sino lo que Dios piensa de ella en la eternidad». Estas palabras, referidas a cada pueblo en su paso por la historia, encuentran una aplicación del todo especial en España, y esto en razón de la misión del todo trascendente y sobrenatural que a esta nación ha confiado el Rey y Señor de la historia y de los hombres.

España es más que una nación. Podríamos decir que es un espíritu. Es un espíritu que se ha forjado en su razón existencial luchando contra quienes quisieron destruirlo o diluirlo, intentándolo confundir o fragmentar. Es un espíritu que alcanzó su madurez en la unidad natural y sobrenatural y legó a la historia cotas inimaginables de santidad y belleza. Es un espíritu que marcó el camino a sus pares, a veces con medios incomprendidos o «modernamente incorrectos», y prefirió la injusta acusación de atraso a la pasividad culposa ante el mal ajeno. Es un espíritu que se expandió y fructificó, que dio a luz la fe de un continente entero, prolongación suya en el tiempo y en el espacio; eligiendo el sacrificio maternal de una muerte lenta y desgastante, sin mirar por sí mismo y con la inmortal convicción de que los valores del alma se refuerzan cuando se donan. Lamentablemente hoy es un espíritu que agoniza y más se asemeja al pábilo apenas humeante y a la caña resquebrajada que a la ciudad en lo alto del monte que supo ser (y que debe volver a ser si no quiere morir).

El gran poeta José María Pemán lo definió con claridad: «España ha sido a través de su historia nada más que esto: Fe, Monarquía y Milicia como instrumentos de su

Unidad» (*La historia de España contada con sencillez*, Homolegens, Madrid 2009, 435).

Porque España fue grande y libre cuando fue una, y cuando esa unidad se fundó en el Altar, el Trono y la Espada. Los tres elementos, Fe, Monarquía y Milicia, se ordenan a su vez uno respecto del otro, y se jerarquizan: la espada debe servir al trono y el trono ha de ser vasallo de la Cruz; sólo así se hace la auténtica unidad española, herencia en todos los órdenes del valor, de la justicia y del heroísmo de sus caballeros, de sus reyes y de sus santos.

Y principalmente de sus santos, porque aunque es cierto que España necesita hoy de manera perentoria el retorno al valor de sus guerreros y la entereza de una corona bien ceñida; más cierto es que le hacen falta santos, grandes santos como los de ayer. Es sobre el terreno abonado del testimonio de la santidad sobre el cual ha de florecer el viejo clavel del espíritu español. Y le hacen falta santos, digo, no porque no los tenga, sino porque le es preciso verlos, descubrirlos entre los recuerdos que muchos españoles quieren clausurar para siempre. En España hay tierra regada por sangre de infinidad de mártires y el regadío ha

sido reciente, pero hay que trabajar por hacerlo actual, porque si no se toma conciencia de ese suelo fecundado no se puede esperar restauración de ningún tipo.

Ya este fin contribuye de manera egregia esta voluminosa obra que presento, corregida y aumentada respecto de otra anterior; fruto del denuedo científico y de la pasión por los testigos de la fe de nuestro tiempo que tiene el p. Vicente Cárcel Ortí, quizás el más grande conocedor de la persecución religiosa republicana española y del conjunto del desarrollo de la Iglesia en la España del siglo XX (y XXI). Este sacerdote valenciano, nacido en 1940 y ordenado en 1963, ha publicado ya más de 40 libros y unos 400 artículos, dotados todos de gran seriedad documentaria; últimamente está dando a imprenta unos muy importantes estudios: *La II República y la Guerra civil en el Archivo Secreto Vaticano* (con dos volúmenes ya publicados, uno en prensa y otros dos en preparación; los edita la BAC). Entre sus obras referidas al tema de la persecución religiosa destacan, entre tantos otros, *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Rialp (Madrid 1990); *La gran persecución. España 1931-1939. Historia de cómo intentaron aniquilar la Iglesia Católica*, Planeta (Barcelona 2000);

RECENSIONES

Mártires del siglo XX. Cien preguntas y respuestas, Edicep (Valencia 2001); *Persecuciones religiosas y mártires del siglo XX*, Palabra (Madrid 2001); *Caídos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa Calpe (Madrid 2008); y *Mártires españoles del siglo XX*, BAC (Madrid 1995). Esta última obra es la que ahora rearma y completa para ofrecer una visión actualizada del martirologio español, adecuando levemente el título, «ya que no se trata solo de los españoles martirizados, sino de todos aquellos que, aunque no eran de nacionalidad española, derramaron su sangre en diversos lugares de nuestra geografía nacional» (p. XXV).

La obra se compone de dos voluminosos tomos pero está concebida como uno solo. En ella se reúnen por primera vez las biografías de todos los mártires de la persecución comunista en España en la década del 30 reconocidos por la Iglesia en sucesivas beatificaciones y canonizaciones. Las biografías son en general sucintas pero completas, y constan de hermosos detalles de vida y martirio. Están agrupadas en tres grandes conjuntos que se conforman según el Pontificado bajo el cual fueron beatificados o canonizados los mártires; y al interno de cada conjunto los diversos capítulos representan a diferentes *causas*, algunas

de las cuales son personales y otras (la mayoría) que abarcan grupos homogéneos de testigos de la fe. En total suman 10 beatificaciones bajo el pontificado de san Juan Pablo II: 471 mártires agrupados en 38 causas; 4 beatificaciones más en el Pontificado de Benedicto XVI: 530 mártires correspondientes a 27 causas; y la todavía reciente beatificación en el Año de la Fe, reinando en la Iglesia el Papa Francisco, en la ciudad de Tarragona el 13 de octubre de 2013: 522 mártires de 33 causas. El total es de 1523 mártires reconocidos oficialmente como tales, de los cuales al momento 11 han sido canonizados, todos por san Juan Pablo II, en 2 ceremonias en los años 1999 (Roma) y 2003 (Madrid).

Además de las vidas de los mártires, el A. despliega su gran erudición para ubicar espacial y socialmente en cada caso, describiendo la vida cristiana de muchas de las diócesis de España y el aporte que de su seno hicieron al martirologio común. De destacar es también la «Introducción general sobre mártires y persecuciones religiosas» (pp. IL-CVII), donde recuerda las condiciones para la declaración del martirio, especificadas por el Papa Benedicto XIV, y la actualidad de los procesos *super martyrio*; además de recordar enseñanzas del Concilio Vaticano

II y de san Juan Pablo II, «el Papa de los mártires del siglo XX». También son valiosísimos los apéndices documentarios, 8 en total, constantes de documentación editada e inédita de muchos obispos españoles, así como también de textos y homilías de los Papas y Cardenales que han oficiado las diferentes ceremonias de beatificación y canonización (2451-2672). Inapreciable es, por concluir, el índice de los mártires según apellido y según estado civil o eclesiástico, y la relación de lugares de nacimiento y de martirio de cada uno de ellos (2674-2186).

Especial mención quiero hacer del «Estudio sobre las raíces históricas de la persecución religiosa española y características generales de la misma» (3-270), que preside lo que propiamente puede considerarse el texto del volumen.

En este estudio acomete el A. la clarificación de responsabilidades con el magnánimo objetivo de ayudar a todos a «pedir perdón y perdonar», y para que resulte más evidente el auténtico testimonio de quienes no murieron sino por defender su fe. Este tema es crucial y el A. demuestra maestría a la hora de enfrentarlo, porque fundamenta sin ambages los delitos flagrantes que la II República es-

pañola (1931-1939) cometió contra la Iglesia y contra España, y que fueron el verdadero motivo de la contienda civil de 1936. La tergiversación que se ha hecho de estos sucesos los vuelve de mayor importancia, y el A. deja bien claro que la agresión a la Iglesia fue injustificada («tanto la Santa Sede como la Jerarquía española acataron lealmente el nuevo régimen», 7) y respondía a un plan de destrucción de la fe que trascendía a la misma realidad española y era obra de la ideología comunista («en el caso de España, la propagación marxista y anarquista tuvo una capacidad de penetración extraordinaria», 26) y del «protagonismo singular» que adquirió la Masonería (30).

Esta acusación histórica lanzada certeramente contra el gobierno republicano español de la década del 30, por su confesional e injusto azote contra la Iglesia de Jesucristo, no lo ciega al A. para señalar, a un tiempo, las responsabilidades que pueden achacarse a la misma Iglesia, no como causa de la persecución (que no la puede tener proporcionada) sino del gran abismo que se abría entre grandes grupos de fieles y la estructura jerárquica, producto del liberalismo y el clericalismo del siglo XIX, y en última instancia, del

RECENSIONES

fariseísmo, como muy bien señalaba ya en 1937 el p. Leonardo Castellani («Sobre tres modos católicos de ver la guerra de España», en *Las ideas de mi tío el cura*, Excalibur, Santa María de los Buenos Aires 1984, 155-163). Negando, por falsa, la atribución de ingentes propiedades y riquezas a la Iglesia (expoliada de gran parte de lo suyo por ministros como Mendizábal allá por 1837); sí puede hacerse *mea culpa* respecto de la falta de penetración eficaz en los ámbitos políticos y culturales más avanzados de la nación (11) y de un importante descuido de la educación religiosa popular (12), razones por las que se operó una separación general entre la Iglesia y el pueblo, que fue cada vez más influenciado por los poderes externos contrarios a la fe y las ideologías enemigas de España. Aquí puede encontrarse, creo yo, un cabo de explicación, si bien no al ensañamiento de ciertos elementos contra todo lo religioso, sí quizás a la temerosa pasividad de muchísimos cristianos que no fueron capaces de alzar una mano ni una voz en defensa de su culto y su clero (241).

Es de lamentar que en algunos juicios el A. preste servicio a un pensamiento más moderno y «felizmente democrático», que no enreda la verdad que busca probar

y no diluye el testimonio de los mártires, pero que compromete, a mi entender, la restauración, que está para concretarse, del espíritu español. Al decir, por ejemplo, que «todos los caídos de la guerra y los que sufrieron la represión en ambos bandos, por la defensa de unos ideales políticos y sociales, merecen el máximo respeto y son recordados como modelos a imitar por quienes siguen semejantes ideologías» (5) no nota el A. que ambos bandos no son equiparables, y que la lucha entablada no era entre ideales políticos, sino entre los enemigos de España, y quienes quisieron patrióticamente librarla de la destrucción. Franco y quienes con él se levantaron no encontraron motivo en una idea política o social determinada, que la tenían, sino en el proceso de destrucción de la identidad nacional histórica española en medio del cual estaba sumiendo a la nación el gobierno republicano y las ideas dialécticas a que se estaba abriendo de par en par las puertas de España. Franco luchó por España y los caídos por Dios y por España no son seguramente mártires pero sí héroes, y así deben ser honrados. Sin ánimo de juzgar a cada uno de los que luchó en contra de España, a éstos no merece tal calificativo. Y no hay que perder de vista que la persecución y la

guerra fueron dos cosas diferentes, pero el enemigo en ambos casos era el mismo, y el hecho histórico fue conjunto, y una victoria de los sin-Dios significaba una misma consecuencia, con dos formalidades: la destrucción de España y de la Iglesia en ella.

Jesucristo, el Rey de la historia y de los pueblos, que padeció en la Cruz para brindar fortaleza a los mártires de todos los tiempos, intervino en favor de España y de su Iglesia, otorgándoles una legión de testigos al calor de cuya sangre, han de volver a ser. Porque al decir de san Juan Pablo II: «En la historia del siglo actual [XX] es, tal vez, el que se caracteriza por las más grandes negaciones del cristianismo, pero también se distingue por el extraordinario ejército de confesores y mártires, que han sembrado la semilla de una nueva vida en Europa y en el mundo, según el antiguo principio: *sanguis martyrum, semen christianorum*» (268).

P. Juan Manuel Rossi, IVE

SECRETARÍA GENERAL DE LA
CONFERENCIA EPISCOPAL
ESPAÑOLA – OFICINA PARA LAS
CAUSAS DE LOS SANTOS,
11 santos y 1512 beatos. Álbum
EDICE, Madrid 2013, 426 pp.

Al hilo de la exposición de la obra de don Vicente Cárcel Ortí, *Mártires del siglo XX en España*, presento también ésta, como excelente complemento y pensado de hecho como tal. Se trata del *Álbum* que publica la Conferencia Episcopal Española, por medio de la Oficina para las Causas de los Santos, en el cual se nos ofrecen fotografías de los 11 santos y 1512 beatos mártires de la persecución religiosa de los años 1930 en España.

Prologado por Mons. Juan Antonio Martínez Camino, Obispo auxiliar de Madrid y gran benefactor de las causas de canonización y beatificación de los mártires en España, el volumen se abre con el Mensaje que el Episcopado español envió a todos los fieles con ocasión de la última gran ceremonia celebrada en la ciudad de Tarragona el 13 de octubre de 2013. Allí fueron beatificados 522 «firmes y valientes testigos de la fe», de todas las condiciones civiles y eclesiásticas, de edades, diócesis y

RECENSIONES

ocupaciones muy variadas. A continuación del Mensaje y divididas en cuatro partes, según los tiempos de las beatificaciones, se registran todas las imágenes de los mártires elevados a los altares, añadiendo a cada cual el nombre, el lugar y fecha de nacimiento, la edad, y el lugar y fecha de martirio. A cada mártir acompaña un número, que se corresponde con la numeración que adopta el p. Vicente Cárcel en la obra mencionada, con lo cual se facilita la búsqueda de la vida y martirio de cada testigo y la relación a su imagen y las de sus eventuales compañeros de martirio.

Es un material conciso pero sumamente útil, ya que contribuye a acercar la figura de los mártires, prolongando sus testimonios y fortaleciéndolos en el tiempo. Todo lo que refuerza la realidad histórica de cada uno de los testigos, es un medio privilegiado para la validez y veracidad de su testimonio: sean sus reliquias, que tienen un valor del todo especial, sean también aquellas cosas que les pertenecieron, los sitios donde vivieron o murieron, sus escritos si los hay, y sus imágenes. Es este un recuento de ellas, y nos muestra un cortejo de rostros de mucha serenidad y decisión, de intensa fe y firme esperanza. Es cierto que al

lector lo condiciona el saber quiénes son aquellos que descubre en estas fotografías, y que muchas veces trasladamos a la imagen que vemos los contenidos conceptuales del sacrificio que los mártires hicieron, lo que da a sus semblantes una belleza especial; pero a su vez es más cierto que el martirio no se improvisa y que en la mirada viva de cada uno de los que interiormente estaban dispuestos al testimonio entero, ha de poder siempre adivinarse ese compromiso.

Esta obra, como señala Mons. Martínez Camino en el prólogo, sirve «como guía y colofón» (7) a la trilogía de publicaciones ya hechas por la Conferencia Episcopal, bajo la autoría de María Encarnación González Rodríguez, directora de la Oficina para las Causas de los Santos, donde se recoge la biografía de cada uno de los mártires según los periodos de su elevación a los altares: *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*, Edice (Madrid 2007); *Los primeros 479 santos y beatos mártires del siglo XX en España. Quiénes son y de dónde vienen*, Edice (Madrid 2008); y *Los 522 mártires del siglo XX en España de la Beatificación del Año de la fe. Quiénes son y de dónde vienen*, Edice (Madrid 2013).

P. Juan Manuel Rossi, IVE

MIGUEL CRUZ

Una Biblia para mis ahijados

Editorial Vórtice, Buenos Aires
2010, 368 pp.

Miguel Cruz es el seudónimo de Enrique Prevedel, escritor tucumano, autor de una gran cantidad de artículos, ensayos, columnas periodísticas y libros dedicados a las raíces religiosas de nuestra Patria y sus tradiciones culturales. El nombre de Miguel Cruz lo ha reservado para las obras de carácter religioso y moral. Este libro es una de ellas... en realidad, reúne dos escritos anteriores, uno dedicado al Antiguo Testamento y otro al Nuevo. Me mueve a escribir esta reseña la utilidad espiritual que entiendo que este libro puede tener en este momento de nuestra historia argentina, en el cual ciertamente no faltan jóvenes (y a veces no tan jóvenes) que desconocen a Jesucristo, quizá porque nadie se los presentó tal cual Él es en realidad... o porque ven lejana a sus posibilidades la lectura de la Sagrada Escritura.

«Una Biblia para mis ahijados» es justamente un libro muy útil para los adolescentes que se deciden

por vez primera a tener un contacto con la Sagrada Escritura. Está hecho a modo de comentarios que acompañan dicha lectura. No es un escrito exegético, al menos no al modo de la crítica literaria actual. Es, más bien, algo así como el fruto del entendimiento que el autor ha «ido alcanzando tras desvelos y oraciones» (p. 15) y tras haber entrado en contacto con las reflexiones de muchos de los innumerables cristianos sabios y santos que han habido a través de los siglos. Podríamos decir que se trata de cosas «bien rumiadas». El autor no es un sacerdote o un profesor, sino «un padrino que quiso guiar a sus ahijados en la lectura de la Biblia y por tanto no es más, ni menos, lo que hay que pedirle» (p. 15). Lamentablemente en este tipo de escritos queda a un lado la posibilidad de colocar paso por paso las citas de aquellos autores en los que se basa o cuyos pensamientos trae a colación.

La redacción es muy clara y prolija. Expone las ideas paulatinamente, previendo que algunos de los relatos, imágenes o ideas bíblicas pueden resultar extraños al joven lector que por primera vez en su vida se halla ante cosas escritas hace miles de años y en culturas muy diversas. Es, pues, una lectura accesible al joven de hoy. Además se entrevé que el autor

RECENSIONES

confía plenamente en que este libro tendrá éxito entre los jóvenes, puesto que se trata de presentar al mismo Jesucristo... y no hay quien pueda cautivar los corazones más que Nuestro Señor.

La división de la obra muestra cierta libertad: no se sujeta al orden de los libros canónicos, sino que los capítulos están ordenados por sucesos (por ej.: «visita de María a Isabel»), personajes (por ej.: «el profeta Eliseo»), temas particulares (por ej.: «por qué perdonar a los otros»), nombres de parábolas (por ej.: «el tesoro y la perla»), etc. Del total del libro, más de las dos terceras partes son dedicadas al Nuevo Testamento.

Exhorta al «estudio profundo de estos libros» (p. 71) y a un «reverencial respeto» (p. 74) de los mismos. Actitudes ambas que todo lector de la Biblia ha de cultivar en su alma si es que quiere sacar provecho del inagotable tesoro de sabiduría que en Ella se encuentra. «Así hay que escuchar a Jesús. No se pueden tomar a la ligera los Evangelios» (p. 209). También se muestra comprensivo con las dificultades con que se puede encontrar el lector.

Además en algunos lugares da consejos útiles para la vida del joven, sobre todo a la luz de los

ejemplos de vida de personajes bíblicos, como es el caso de Abraham, nuestro padre en la Fe (Cf. P. 34) o el rey David (Cf. P. 53).

Con cierto cuidado paternal, y como quien tras los años ha conocido varios de los peligros que pueden surgir a lo largo del estudio de los libros sagrados, advierte al cristiano común, quien frente a ciertas tentativas de la crítica literaria actual, «tras una vacilante perplejidad, puede llegar a retomar estas obras sintiéndoles un vago sabor a fraudulencia»... «Hay que hacer entonces memoria de algunas verdades casi de catecismo»... «Toda la escritura es palabra de Dios» (p. 71).

En lo personal destaco como digno de meditación el capítulo destinado a la consideración de LA MISERICORDIA DE DIOS.

En el Verbo Encarnado,

Diác. Roque A. Buezas, IVE.